



Literatura, lectura y género en la construcción de la nación decimonónica en Chile

Autor:
Poblete, Juan

Revista
Mora

2005, N° 11, pp. 59-80



Artículo



Literatura, lectura y género en la construcción de la nación decimonónica en Chile

Juan Poblete¹



RESUMEN

Este trabajo estudia la generización (asignación de un género sexual) de los elementos del debate sobre la novela nacional en el siglo XIX. Analizando el caso de Alberto Blest Gana en Chile, sostengo que la novela nacional se propuso como una intermediación entre dos polos. Por un lado, la lectura por placer era socialmente percibida como femenina. La lectura de los textos clásicos era, por otro, masculina porque suponía un trabajo y una dificultad que hacía que el retorno recibido de la inversión de tiempo y dinero en la actividad fuera productivo, es decir, legítimo. En este contexto, la novela nacional y su lectura fueron construidas como formas de mediación de estas polaridades que organizaban y constituían la cultura nacional. La hipótesis general es que la lectura de periódicos y las lecturas hechas en periódicos (como folletines y artículos) ocuparía un lugar intermedio que terminaría por mediar la distancia entre aquellas formas de lectura socialmente construidas.

Palabras clave: novela nacional chilena, fin de siglo, lectura, diferencias de género, culture.

ABSTRACT

I study the gendering of key elements of the debate on the national novel during the Latin American nineteenth century. Analyzing the case of Chilean Alberto Blest Gana, I posit that the national novel proposed itself as a form of mediation between two poles. On the one hand, pleasure driven reading was socially perceived as feminine. The reading of classics was, on the other, masculine because it involved work and difficulty which made the return received from the money and time invested, productive and legitimate. In this context, the national novel and its reading were construed as forms of mediation of those polarities, organizing and constituting national culture. My broader hypothesis is that the reading of newspapers and the readings done on newspapers (serialized novels, articles) would come to occupy an intermediate space which ended up mediating between those forms of socially constructed reading.

Key words: national novel, Chile nineteenth century, forms of reading, gender, culture.

¹ Universidad de California-Santa Cruz. Quiero agradecer el trabajo editorial de Graciela Batticuore y la generosidad crítica de Alejandra Laera. Recibiré con gusto cualquier comentario: jpoblete@ucsc.edu.

A partir de la independencia, los estados postcoloniales y los grupos de élite que los lideraban, a menudo después de haber usado con contundencia el potencial subversivo de las letras y de la imprenta para promover dicha independencia, intentan reposicionar la literatura (y en general la producción de discursos) al interior de la formación discursiva nacional. Esto se desarrolla poco a poco en un proceso algo contradictorio en que al mismo tiempo en que se limita y dosifica la llegada y el acceso popular a esos discursos, se verifica, por un lado, una explosión de los discursos impresos (que hacen posible y en la cual participan tanto liberales como conservadores) y, por otro, al menos por parte de los liberales, un ataque secularizador a la perspectiva ideológica que empezaba a animar la censura eclesial de ese bulente mercado editorial.

Durante el siglo XIX la expansión de la literatura al interior de los espacios domésticos, que alcanzaba así ya no sólo a las mujeres de la élite sino también a los sectores medios, obligó a la Iglesia a comprender que una de las formas más poderosas del proceso de secularización con que las ideas liberales amenazaban su supervivencia en las antiguas colonias, era ahora precisamente la proliferación de publicaciones destinadas ya no sólo a la élite de hombres públicos sino cada vez más fuertemente a sectores crecientemente amplios de la sociedad (Poblete, 2003).

Ignacio Manuel Altamirano apuntaba indirectamente en 1871 a la importancia de un cambio ya perceptible en la época:

"Ya se ve: las mujeres antes no sabían nada; el ideal del clero era la mujer ignorante, y con razón. Para dominarla a su sabor, era preciso que nada supiera. Una mujer que apenas supiera leer su devocionario, era lo más propio para hacer un instrumento ciego. Y todavía en los países atrasados, como España y México, se cree por la gente antigua que la mujer debe ser ignorante." (Ruedas de la Serna, 1996: 226)

Ambrosio Fomet señala, por su parte, como en la Cuba del siglo XIX "Antes de que el periódico se convirtiera en un objeto familiar para las clases populares, la propaganda religiosa en sus diversas formas impresas fue el único 'eco' que la imprenta llevó a todos los estratos de la sociedad" (Fomet, 1994: 60).

En aquella expansión, de vastas consecuencias políticas y culturales, la literatura de ficción tendría un papel fundamental. Dentro de este esquema, la lectura literaria o más ampliamente la lectura de discursos socialmente circulantes, experimenta una serie de transformaciones determinadas a su vez por varios desarrollos históricos nuevos. Paralelamente a una masificación al menos tendencial y evidente por los contemporáneos en la circulación de libros e impresos (Henríquez Ureña, 1961: 59 y 94; Fomet, 1994; Subercaseaux, 1988), se produce a lo largo del siglo XIX una separación relativa de la Iglesia y del Estado que como instituciones carecen del grado de identificación o complementariedad que había distinguido la época colonial (Pike, 1964; Hamnett, 1987). El control tanto de dicha producción y circulación como de su misma interpretación, resulta, entonces, mucho más complicado e inefectivo en el momento en que las agendas seculares y religiosas comienzan a divergir. Además, no sólo aumenta la circulación de libros sino que, y este es cuantitativa y cualitativamente el factor decisivo, la producción y circulación de impresos (sobre todo periódicos y diarios) obliga a una redefinición del objeto del control. Esta proliferación de discursos va, por supuesto, acompañada de una

relativa pero importante diversificación de los sectores que tienen acceso directo o sea no mediado por los sacerdotes- a esas lecturas. Es decir que los sujetos del control también requieren una redefinición. Los indios, preocupación obsesiva de la época de la colonización temprana, son ahora reemplazados por las mujeres, primero de las élites y luego de los sectores medios y, hacia el fin del siglo, por los artesanos y pequeños comerciantes de los sectores medio-bajos. En este paso del libro escaso y de elite al periódico y los impresos (relativamente) abundantes y masivos ocurre como si el discurso escrito -que con el libro había subsumido y colonizado tanto su propio origen europeo medieval (en los pliegos, pergaminos y folios) como las formas de escritura no alfabética de los amoxtili de los pueblos indígenas conquistados- se rebelara contra esta comprensión de sus orígenes y se red desplegara en la forma abierta y moderna del periódico.

Domingo F. Sarmiento destacaba precisamente la función popularizadora y progresista de la lectura masiva y constante de novelas en los periódicos:

"En el Paraguay y en Chiloé, todos saben leer; lo único que les falta para no ser los dos pueblos más atrasados entre nosotros es leer. No hay libros ni objetos [o motivaciones] para leerlos, si los hubiera. Con las novelas y los diarios empiezan [esos lectores] a ejercitar aquella adquisición estéril." (Sarmiento, 1887-1900b. 45-46: 161)

En el periódico, por último, se produce esa convivencia epocal y propiamente decimonónica de discursos que habían siempre pertenecido a esferas y a sectores rídicamente separados: ensayos, política, ficciones sentimentales e históricas de alcance masivo, almanaques, consejos, crónicas policiales, noticias de negocios, etc.

De este modo se entiende la queja del colombiano Miguel A. Caro, uno de los letrados paradigmáticos del siglo XIX latinoamericano. En "Ligera Excursión ideológica", que es un trabajo filosófico sobre la 'operación mental llamada juicio y sus elementos', Caro comenta:

"Dirán algunos, y no sin razón, que este estudio es más propio de un libro o de una revista que de un periódico. Pero entre nosotros ¿quién va a publicar un libro sobre un punto de filosofía especulativa? Las condiciones del país hacen que el periódico reúna los caracteres de tal y de revista y de libro al mismo tiempo. Tal lo hemos entendido en la redacción del nuestro. (...) Quedaremos recompensados si la lectura de estos ligeros apuntamientos desengañare del error en que están, a algunos de aquellos jóvenes compatriotas que profesan, sin saberlo que hacen, el principio sensualista, y si ella por otra parte mereciere la atención ilustrada de nuestros suscriptores de fuera de la república, que prefieren en nuestras columnas los artículos serios y originales, a las gaceticillas, cuentos y en general a la literatura frívola y ligera, destinada a otra clase de lectores." (Caro, 1962b: 225-226)

Caro alude aquí a dos puntos importantes en el contexto de nuestra discusión: el lugar de los periódicos como instrumentos culturales y su público lector. En primer lugar se refiere a las que podríamos llamar condiciones constitutivas de la "publicidad" que encarnaban los periódicos en países que carecían de un aparato productor del libro dotado de un desarrollo suficiente. En tanto periódico, revista especializada y libro, todo simultáneamente, el periódico se proponía a sí mismo

como un espacio textual de facto en que diversas comunidades de lectores y lectoras practicaban sus pertenencias diferenciales a una misma formación lectora nacional. En segundo lugar, Caro distingue entre un público ilustrado y 'otra clase de lectores'. Esta clasificación, esta pertenencia de clase que separa a los lectores, coincide con sus preferencias de lectura: hay un sector serio e ilustrado que lee artículos graves y otro, frívolo que ocupa su tiempo con gacetillas y cuentos. Literatura ilustrada se opone a literatura ligera del mismo modo en que serio se opone a frívolo. Ello supone, de una parte, una reiteración de la oposición tradicional entre dos tipos de lectura diferentes: la intensiva y la extensiva, la masculina e ilustrada y la femenina o frívola-ligera; y de otra, la repetición de la jerarquía discursiva que distingue "las gacetillas, cuentos y en general a la literatura frívola y ligera", es decir la prosa novelesca, del género literario por antonomasia para Caro, es decir, la poesía.

En realidad, el mismo título de su artículo, "ligera excursión ideológica", el nombre del periódico (El Tradicionista) que Caro funda y edita y en el que aquel aparece, y, finalmente el hecho de que para encontrar lectores ilustrados se crea obligado a buscarlos en el extranjero; todo ello evidencia el clima y las presiones comerciales nuevas que reactivamente Caro enfrentaba en la novelesca configuración propuesta por lo que hoy llamaríamos un mercado editorial. Descubre asimismo que tras esas pertenencias diferenciales a una misma formación lectora nacional, se escondía también una forma de comunión cultural, en que al menos en relación a ciertos discursos como la ficción, las 'clases de lectores' perdían nitidez y se mezclaban en la aparición de un público nacional burgués más mesocrático y abarcante que el aristocrático de antaño.

Lectura intensiva- extensiva y la lectura nacional

La Iglesia, que durante buena parte del siglo XIX cifró sus posibilidades de permanencia y justificación socio-política en el seno de los estados postcoloniales en el control y adoctrinamiento tanto de la virtud de las mujeres como en la sumisión y acatamiento de los sectores populares, no puede sino haber visto en la masificación de la lectura y en particular de la lectura de ficción, una suerte de perverso retorno de lo reprimido, el regreso de otros discursos dichos para y con el corazón caliente que tanto trabajo y sangre le había costado, trescientos años antes, intentar extirpar del suelo americano.

Los discursos de la ficción popular eran los mismos que habían ocupado también el fanatismo censorador y paradójico de Jean Jacques Rousseau. Estudiando el caso extraordinario del francés Jean Ranson, lector asiduo y fervoroso de la obra literaria de Rousseau, Robert Darnton ha enfrentado la tarea de historizar la lectura como práctica. Darnton combina la discusión de las 47 cartas conservadas de las lecturas de este buen burgués provinciano en muchos aspectos similar al nuevo público de lo que luego llamaremos la ficción nacional en América Latina, con los escritos de Rousseau, para llegar a conclusiones muy útiles en nuestro contexto.

La paradoja del autor de *La Nouvelle Heloise* es que él mismo había predicado ampliamente en contra de las novelas. ¿Cómo era posible que ahora escribiese una? "Rousseau's reply in the prefaces is deceptively simple: 'This novel is not a novel'"

(Darnton, "Readers", 229) En efecto, Rousseau se proponía con *La Nouvelle Héloïse* la creación de "another cultural form, an anti-literature literature, in which he could defend the cause of virtue by appealing directly to the unsophisticated" (Darnton, 1985: 231)

Mientras que en Rousseau esta era una reacción a lo que él consideraba la corrupción imperante en los salones literarios franceses que aun en el caso de los filósofos enciclopedistas no hacían, en su opinión, más que reproducir el elitismo y la decadencia moral propias del *Ancien Regime*, en América Latina surgirían proyectos liberales de una novela nacional que, en lo fundamental, intentarían responder al mismo problema. Cómo hacer una literatura que además de entretener a los lectores los educara con el tipo de conocimientos y disciplinas morales que las nuevas repúblicas requerían en la visión de sus adalides liberales.

El novelista Alberto Blest Gana, considerado tradicionalmente el padre de la novela chilena, creyó encontrar la respuesta en su propuesta de una novela de costumbres nacionales. El tema lo desarrolló en 1861 en su famoso discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, titulado "La Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella". Se trataba, en lo fundamental, de hacer frente con un producto nacional a la proliferación de novelas-folletines extranjeras en los periódicos de la época.

Lo que estaba en juego se percibe cuando se compara cómo la misma situación editorial que traería en Chile un fuerte desarrollo de la producción literaria nacional, significó en Cuba, bajo las diferentes condiciones socio-políticas y económicas del colonialismo, el fin del proyecto literario liberal cubano de los años de 1830. Ambrosio Fornet señala así la paradoja de que "la narrativa cubana se qued[ara] sin suscriptores ni editores en el preciso momento en que más novelas se publicaban y concurrían en Cuba" (Fornet, 124). Esa literatura nacional había sido desplazada por los folletines franceses y las novelas románticas extranjeras bajo los imperativos del mercantilismo editorial. Como veremos en el caso chileno, esta "desnacionalización" de la literatura circulante en el ámbito nacional, no era, sin embargo, el único resultado posible o necesario de la explosión editorial y de la aparición de un público de nuevo cuño. Además, esta llamada "descubianización" señalaba, incluso en Cuba, la irrupción en el espacio letrado tradicional de un público radicalmente nuevo (las mujeres, aun cuando inicialmente fueran en su mayoría de clase alta) y de una sensibilidad y gusto literario alejados del elitismo letrado.

Es importante subrayar aquí las consecuencias de la propuesta de Blest Gana para una consideración histórica de la lectura. En la primera escena de su primera novela (llamada para mayor redundancia *Una Escena social* y publicada como folletín, es decir serializada en un periódico, en 1853) Blest Gana había escrito:

Todo eso es falso, dije un día, cerrando indignado un tomo de 'La Nueva Héloïsa' Detesto esas virtudes lacrimosas, tan recatadas en el sensualismo que lloran sobre una falta cometida hasta encontrar de nuevo la ocasión de cometerla. Y lleno de despecho contra el pacífico ciudadano de Ginebra [Rousseau], arrojé el libro hacia la extremidad opuesta de la mesa y apoyé mi frente sobre la mano izquierda, actitud en la cual suelo quedarme largos instantes en meditación. (Blest Gana, sin fecha: 51)

Lo que me importa destacar en esta cita es su dramatización de lo que yo llamaría las condiciones históricas de la situación de lectura en el Chile de la segunda mitad del siglo XIX. La cita comienza en un nivel claramente metarreflexivo. Esta es una novela que se *abre* con un lector que *cierra* indignado otra novela. La primera es una novela nacional chilena, la segunda una obra famosa de un autor francés. De este modo, por un lado, Blest Gana empieza su carrera literaria y su primera novela procediendo a cerrar una novela extranjera, mientras que por otro, la lectura de la obra nacional empieza cuando la lectura de la europea llega a su término. En esta ecuación una cosa hace posible la otra. La apertura requiere un cierre, el comienzo un final. La pregunta, entonces, se nos impone: ¿dónde comienza la una y acaba la otra? Como ocurre con frecuencia, el límite pareciera unir las precisamente en el momento en que las separa. Porque inmediatamente después, el lector-personaje nacional se queda pensativo en un gesto perfectamente estereotipado de la literatura sentimental europea que el mismo Rousseau había impulsado y que el lector chileno que empezaba la obra de Blest Gana reconocía de inmediato en su filiación romántica.

En esta dramatización, entonces, el lector de *Una Escena Social* reproduce, en otro nivel, la paradoja del lector-personaje que se indigna ante "esas virtudes lacrimosas, tan recatadas en el sensualismo que lloran sobre una falta cometida hasta encontrar de nuevo la ocasión de cometerla." El lector decimonónico de la obra del chileno se enfrenta de inmediato con su propia ambigüedad moral como lector de una novela. De hecho, se podría decir que la frase describe perfectamente el mecanismo seductor e irrepresible que los contemporáneos de Blest Gana, desde diversas trincheras ideológicas, identificaron como característico de la ficción novelesca. Empezar a leer es aquí de manera paradójica ingresar simultáneamente al espacio de la liberación¹²: pulsiones libidinales y al de su censura y control. Apertura y cierre se dan allí la mano.

En el gesto hierático y altamente estilizado de este primer lector nacional se encerraba, además, el dilema al que la novela nacional chilena, al menos en la propuesta de Blest Gana, intentaría responder. En este momento congelado en donde el modelo romántico europeo era usado para, en el mismo gesto, ser descartado como impertinente, asistimos al nacimiento oficial de una literatura cuya originalidad y autonomía se fundan precisamente en la creativa dependencia y en la dependencia creativa respecto a modelos foráneos. Mas que una relación parasitaria, la escena reproduce a la perfección sus condiciones históricas de emergencia.

Blest Gana, como Rousseau antes que él, se proponía de este modo desarrollar una novela que llamó "de costumbres nacionales" en la cual el lector nacional pudiese relacionar su propia vida como ciudadano chileno con el texto que leía, de una manera que resultara socialmente productiva y personalmente entretenida y transformadora. Es decir, hacer de la experiencia subjetiva de la lectura de ficción un acto de construcción de la nación. Esta transformación en la práctica de lectura, que intentaba combinar los antiguos ideales de edificación moral a través de la palabra escrita con las nuevas y modernas demandas del mundo editorial guiado fundamentalmente por la estimulación del consumo, se entiende mejor en el contexto de una de las pocas macrohipótesis de periodización existentes en los estudios históricos de la lectura.

Rolf Engelsing ha propuesto considerar, en la historia de la lectura europea, el paso de una forma de lectura intensiva a otra extensiva. Por intensiva entiende Engelsing la lectura reiterada de muy pocos textos religiosos que se leían con gran cuidado, detención y respeto. El modelo para Engelsing es la lectura protestante de la Biblia, pero también podría serlo en la América Latina de la primera mitad del XIX, el uso de los catecismos y libros de oración que habían sido de hecho los primeros best-sellers nacionales. Este tipo de lectura habría predominado en Europa desde la Edad Media hasta fines del siglo XVIII. En ese momento, de acuerdo a Engelsing, se habría producido un cambio en el número de libros y escritos disponibles y, como consecuencia de ello, una transformación de los hábitos y formas de lectura. La lectura extensiva es, en efecto, más rápida y se hace sobre muchos y diferentes textos circulantes en el mercado editorial en desarrollo (Engelsing, 1974; Chartier, 1994; Darnton, 1990). Domingo Faustino Sarmiento, por su parte, había ya entendido este lugar de la Biblia en la cultura protestante y se preguntaba cuál era el libro que podría haber ocupado un lugar similar en la cultura católica. Su respuesta compara la práctica intensiva y constante que caracteriza la lectura de la Biblia en los países protestantes con la lectura extensiva de las novelas.

"Para ser católico es necesario ante todo tener fe. El catolicismo lo dice. Para ser protestante es preciso saber leer para leer la Biblia. (...) ¿Cuál es el libro del católico? (...) ¡Nombradlo! (...) un libro enciclopedia, (...) un libro que sea cuento que interese, fantasía que exalte el espíritu, enigma que aguzé la inteligencia, poesía que remonte la imaginación (...) Mostradme ese libro. -No existe. la Biblia existe así." (Sarmiento, 1887-1900a. 45-46: 59-160)

En este texto de 1856, Sarmiento alude a la función educativa y de progreso que cumplían o podían cumplir igualmente tanto la lectura intensiva de la Biblia como la lectura extensiva de novelas y folletines. Se refería así a sus planes por capitalizar el interés potencial de los lectores populares en la literatura de ficción en beneficio de la expansión masiva de la alfabetización. Como se sabe, esta expansión elemental de la cultura era para el argentino una de las precondiciones que habían hecho posible el extraordinario desarrollo de la industria y el comercio en sus repúblicas modelo:

"...el medio más poderoso para levantar el nivel intelectual de una nación, diseminando la educación en todas las clases sociales, es fomentar el hábito de la lectura basta convertirlo en un rasgo distintivo del carácter o de las costumbres, como sucede en la Alemania y en los Estados Unidos." (Sarmiento, 1887-1900b. 30: 396)

En 1876, el chileno Alfredo Ovalle, por otro lado -respondiendo ya, en general al desarrollo efectivo de la industria editorial y, en particular, a la abundancia de periódicos (y con ellos de lecturas de ficción folletinesca)- proponía en un artículo sobre "Los Libros y los lectores" un regreso a las formas intensivas de la lectura de uno o dos libros esenciales y el abandono de la superficial lectura extensiva:

"La creencia tan común de que para considerarse hombre instruido una persona le basta con haber leído, de cualquier modo que sea, muchos libros es tan equivocada

como la de cierta escuela política (...) Por eso es tan cierto el proverbio *Timeo hominum libri*. En efecto: ¿quién sería más sabio que aquel que verdaderamente poseyera la Sagrada Biblia ni quien mejor lengüista que aquel que más hubiera conversado con Cervantes? (Ovalle, 1876: 264)

Literatura y Género

A partir de la interacción entre prácticas autoriales y lectoras, en el caso particular del novelista Alberto Blest Gana (1831-1920) y sus lectores, se puede sostener, entonces, por una parte, que el discurso y la práctica novelesca de Blest Gana intentan des-marcar, des-estigmatizar socialmente la novela, su escritura y su lectura por la vía de su nacionalización productiva; y, por otra, que ello es, al menos en parte, el resultado de la estructura de la demanda lectora. Esto supone discutir la generización (asignación de un género sexual) de los términos del discurso cultural. Veremos así cómo se puede leer el discurso literario chileno del siglo XIX ya no desde la posición textual y autorial tradicional sino, por lo menos, desde su oposición a la posición y acciones paralelas de los públicos lectores y, por ello, productores de literatura.

Tras una larga tradición de estudios sobre la lectura, hoy es posible proponer que tanto las formas de lectura como las de escritura deben ser comprendidas históricamente en su variabilidad y dependencia en relación a contextos históricos específicos.² Esto supone reconocer la multiplicidad de agentes sociales que intervienen en cada situación, es decir, pasar de "la recepción" a las varias "recepciones", del "lector" a los y las lectoras, de la inteligibilidad de los textos a sus maneras de apropiación históricas.³ Desde este punto de vista, el texto es un espacio que se construye socialmente y que, al menos en el caso chileno del fin de siglo, es siempre un espacio normativo en que se produce la subjetividad nacional disciplinada y disciplinaria (Poblete, 2003: 209-266). Ello requería, en la visión de

² La preocupación teórica sobre "el lector" (el género y el número no son casuales) tiene una ya larga trayectoria crítica. En ésta sería conveniente, por lo menos, mencionar los trabajos teóricos de Wolfgang Iser (1974), hermenéutico-históricos de Hans Robert Jauss (1982), la semiótica de Umberto Eco (1981) y el importante trabajo de Stanley Fish, con cuya labor los estudios sobre recepción se abren a la naturaleza política de las comunidades literarias y de las convenciones que gobiernan sus interpretaciones (Fish, 1980; Holub, 1984; Tompkins, 1980).

³ En este sentido mi trabajo busca acercarse al de teóricos como Tony Bennett (1990); y Michel de Certeau (1984); y al de investigadores como Roger Chartier (1987); Robert Darnton (1984); Janice Radway (1987); Cathy N. Davidson (1989), etc. Siguiendo a Michel de Certeau, Roger Chartier señala: "The historian's task is thus to reconstruct the variations that differentiate the *spaces lisibles* -that is, the texts in their discursive and material forms- and those that govern the circumstances of their *effectuation* -that is, the readings, understood as concrete practices and as procedures of interpretation.", (Chartier, 1994: 2).

Blest Gana una domesticación de las prácticas de lectura. Con Blest Gana se aprecia, además, que las prácticas escriturarias son también el resultado de una cierta formación discursiva, es decir de un espacio de producción, circulación y consumo de textos, que hace posible determinadas posiciones autoriales y no otras.

Estudiar las prácticas de lectura supone desfamiliarizar nuestras certidumbres y confianzas respecto a la lectura como práctica (Chartier, 1993). Para ello hay varios caminos posibles. Dado el escaso desarrollo de la investigación sobre el tema en la crítica sobre el Chile décimonónico, no parece prudente ahora intentar hacer una suerte de historia de la lectura en Chile.⁴ En esta coyuntura crítica, un paso importante sería esclarecer algunas de las percepciones que en un momento determinado la sociedad chilena pareció tener de la lectura, de sus funciones, usos y peligros, de las formas de control y administración que le pareció necesario ejercer sobre ella; y de al menos algunas de las formas prácticas en que los lectores, especialmente las mujeres, determinaron dichos intentos.

Quiero explorar así una de las dimensiones de los procesos de construcción del orden nacional en el contexto del paso de ciertas formas de sensibilidad que caracterizan lo que puede ser descrito como la sociedad patricia a otras que definen la llamada sociedad burguesa (Romero, 1976). Estudiar entonces -en el marco de ese campo mayor que integran la construcción del orden nacional y el desarrollo de las formas de apropiación cultural- el problema de la lectura efectiva y de la lectura deseable en el emergente discurso literario nacionalista o de orientación nacional. Para ello nada parece más apropiado, y por lo tanto cuestionable, que la producción discursiva de Alberto Blest Gana.⁵

La opinión de Arturo Torres Rioseco resume muy bien el consenso crítico tradicional respecto a la obra de Blest Gana: "Blest Gana es el novelista chileno por antonomasia, el pintor del campo y de la ciudad, del pueblo, de la clase media y el"

⁴ Las únicas excepciones que conozco son algunas excelentes páginas de Bernardo Subercaseaux y de Gina Cánepa. Véase Subercaseaux (1993) y Cánepa, (1988). En el ámbito latinoamericano son esenciales los trabajos pioneros del Seminario de historia de la educación en México del Colegio de México (1988). Véase ahora el importante trabajo de Susana Zanetti (2002)

⁵ Blest Gana nació en Santiago en 1831 y murió en París en 1920. Fue autor de numerosas novelas entre las que destacan *La Aritmética en el amor* (1860), *Martin Rivas* (1862), *El ideal de un calavera* (1863), *Durante la Reconquista* (1897), *Los Trasplantados* (1904) y *El Loco Estero* (1909). Tras estudiar en el Instituto Nacional pasó a la Escuela Militar. Becado por el gobierno chileno hizo estudios de ingeniería militar en Francia entre 1847 y 1851. A su retorno fue profesor de topografía militar y jefe de sección en el Ministerio de Guerra y Marina. En 1855 se retiró del Ejército. En 1864 fue nombrado Intendente de Colchagua, en 1870 fue elegido diputado del Congreso Nacional. Desde 1871 hasta que se retiró del servicio diplomático en 1887 fue sucesivamente Ministro Plenipotenciario en Washington, Londres y París. En la diplomacia "ha sido (...) acaso el más eminente de los grandes servidores que la nación ha tenido en esa carrera", (Huneeus Gana, 1910: 733).

la aristocracia." (Alone, 1940: 316) Raúl Silva Castro, por su parte, habla de la justeza del título de "padre de la novela chilena" con que la tradición crítica ha consagrado al novelista. (Silva Castro, 1960: 58) En este contexto, cabe muy bien preguntarse ¿habrá habido una madre de la novela nacional en Chile?

Francine Masiello ha propuesto una hipótesis general para el siglo XIX latinoamericano que mi propia investigación ha confirmado, al menos para el caso chileno del medio siglo: "...when the state finds itself in transition from one form of government to another, or from a period of traditionalism to a more modernizing program, we find an alteration in the representation of gender." (Masiello, 1992:8)

A partir de esta tesis, Masiello sostiene que en la historia cultural argentina en general y, en particular, en la discusión decimonónica sobre la nación deseada, la representación de los roles masculinos y femeninos -realizada tanto por hombres como por mujeres- es una de las variables que estructura con mayor fuerza los discursos sociales en áreas aparentemente tan distintas como la política, la educación, la familia, las relaciones entre las "razas", el matrimonio, etc. Algunos intelectuales argentinos (tanto hombres como mujeres) recibieron, usaron y produjeron una imagen de la mujer como mediadora entre ámbitos que la política masculina o masculinizada dominante parecía concebir como polaridades irreconciliables: civilización y barbarie. Europa y América, blancos e indios, etc. Para ello, las mujeres letradas redefinieron la domesticidad, el matrimonio y la familia como espacios de mediación social y se crearon, de este modo, un lugar en el proyecto de construcción de la nación.

Doris Sommer, por su parte, ha desarrollado el que tal vez sea uno de los argumentos más consistentes hasta ahora sobre la posición de la novela nacional decimonónica latinoamericana como una forma de resolución de conflictos que atraviesan la comunidad nacional. (Sommer, 1991) En su lectura, ciertas novelas sirven como una transacción imaginaria que resuelve conflictos sociales (genéricos, raciales y de clase) a través de una anécdota que configura un romance.

Las ideas de Masiello y Sommer me interesan, pues, especialmente en cuanto aluden indirectamente a la generización (la asignación de un género sexual) de los elementos del debate sobre la novela nacional. Como veremos, también a propósito de Blest Gana, la novela nacional misma se propone como una intermediación entre dos polos, lo masculino y lo femenino, que organizan y constituyen la cultura nacional. En este contexto la lectura de novelas, es decir, la lectura por placer, es femenina. La lectura de los textos clásicos es, por otro lado, masculina porque supone un trabajo y una dificultad que hacen que el retorno recibido de la inversión de tiempo y dinero en la actividad sea productivo, es decir, legítimo.⁶

⁶ Este tipo de conceptualización ha demostrado tener una gran resistencia al paso del tiempo. Se lo puede hallar, por ejemplo, dominando nuestras formas de comprensión de la literatura "moderna", en donde la idea de dificultad de la lectura es parte integral de la experiencia estética. Es, por otro lado, el mismo criterio que se utiliza todavía para distinguir entre obras de alta literatura y aquellas que pertenecen al ámbito de la cultura masiva y/o popular. Sobre esta generización de los términos, recuérdese, por ejemplo, la distinción de Julio Cortázar entre "lectores cómplices" y lectores hembras.

Esta asignación de géneros a las potencias o capacidades del ser humano se correspondía fuertemente con el discurso religioso que a la sazón la Iglesia enarbolaba en la defensa de sus prerrogativas al interior de un estado constitucionalmente católico:

"Si imprudentemente i antes de despertar las potencias intelectuales de los jóvenes, se les introduce en el risueño templo de las musas, se hace cobrar alas a su imaginación i sensibilidad, recreando de continuo su oído con suaves melodías i representando a su vista sin discreción los seductores cuadros de la pintura i la poesía, se formará una juventud muelle, afeminada, incapaz de los arduos trabajos de la intelijencia" (Krebs, 1981:40)

Hay que entender, entonces, que esta división de capacidades corresponde a formas de percepción cultural que, si por un lado marcan genéricamente la lectura según sea el tipo de material y el sujeto lector; ligán, por otro y de manera más general, los movimientos impredecibles y la inestabilidad del mercado a las formas de la subjetividad femenina. Para una sensibilidad tradicional, en efecto, el mercado era un espacio, a la vez atractivo y peligroso, que de alguna manera subvertía las categorías jerarquizadoras fundamentales del "modo de ser aristocrático" en Chile. (Barros y Vergara, 1978) Quien hoy era un simple minero o pequeño inversionista podía mañana transformarse repentinamente en un acudalado nuevo rico. Quien en un determinado momento parecía un excelente partido para casar a la hija y consolidar la posición social de la familia, podía, por efecto de los mismos mecanismos de mercado, devenir, con la misma rapidez, un don nadie. Ambos procesos se encuentran, no por casualidad, retratados en *Martín Rivas*. Este vértigo que ponía de manifiesto la relatividad y variabilidad de la subjetividad del ciudadano nacional, *propriamente dicho*, no podía sino tener un impacto sobre el tiempo lento del mundo todavía parcialmente aristocrático o aristocráticamente organizado de la sociabilidad chilena de principios de la segunda mitad del siglo XIX.

De hecho, la lectura de periódicos y las lecturas hechas en periódicos ocuparían un lugar intermedio que acabaría mediando la distancia entre aquellas formas de lectura socialmente construidas como "masculinas" y "femeninas".

Alberto Blest Gana y el público lector

En 1861 en su ya citado discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, "La Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella", Alberto Blest Gana desarrolló ampliamente su visión de la literatura y, en particular, de la novela nacional. Al estado, parece pensar Blest Gana, o por lo menos

⁷ El discurso fue pronunciado el 3 de enero de 1861 y publicado en los Anales de la Universidad de Chile. José Promis, de cuyo texto cito de aquí en más, lo reproduce íntegro (Promis, 1977: 108-128).

al novelista nacional con él identificado, le corresponde transformar esto que parece ser simplemente una pérdida de tiempo, o sea una actividad que se niega a sí misma en su propia intransitividad, en su falta de productividad, o en la producción pura y simple, y por lo tanto injustificable, de placer. La racionalización de la lectura, que como práctica sancionada metropolitanamente ya había empezado a tener un impacto sobre la emergente clase media chilena, será, en efecto, una de las tareas a que más afanosamente dedicará sus esfuerzos pioneros Alberto Blest Gana.

La lectura debía ser racionalizada por varias razones. Ante todo se trataba de corregir una conducta que se consideraba a veces indeseable y reprehensible, otras simplemente inocua e improductiva. En cualquier caso, la reacción de fondo era transformar un patrón de conducta, o más llanamente, un hábito adquirido por el público que se iba poco a poco constituyendo en tal. En tanto público en el mercado, una parte de la población estaba haciendo valer sus derechos de consumo en la práctica, precisamente, de un tipo de consumo específico: las novelas y folletines europeos que la desarrollada industria editorial del viejo continente ponía, cada vez a precios más accesibles, a su alcance. El problema era entonces, desde la perspectiva gubernamental, corregir dos errores de género que de alguna forma aparecían como interrelacionados. No sólo había que cambiar el género de lo que se leía -los folletines, las novelas en general o, al menos en el caso de Blest Gana, el tipo de novelas- sino también hacer que las mujeres leyeran algo que fuese correcto para su género y que no conspirara con las sagradas funciones que la patria les encomendaba en la forma de hijos y esposos.

En 1877 Rodolfo Vergara Antúñez vaticinaba que la educación femenina en liceos del Estado, aprobada ese año por decreto oficial:

"...perjudicará grandemente el cumplimiento de los deberes domésticos que pesan sobre ella como una carga anexa a su misión natural. Lo primero [la educación de carácter estatal] lo hemos combatido por pernicioso para las creencias religiosas de la mujer; lo segundo [la educación profesional], como pernicioso para los intereses del hogar." (Labarca, 1939: 63)

Algunos de los argumentos liberales intentaban apropiarse -ya por convicción, ya por conveniencia- de la defensa conservadora del hogar "bien constituido", para proponer que, precisamente porque la mujer tenía a su cargo las labores de reproducción social, desde el parto a la educación de sus hijos, pasando por el cuidado de su esposo, es que era imperativo educarla en profundidad. En 1864 el autor de un artículo titulado "Observaciones sobre la educación del bello sexo" razonaba:

"Educad a la jeneración presente para que no tengais que educar a las jeneraciones futuras" repiten nuestros sabios; educad a las mujeres, agregamos nosotros, i vuestros bijos serán virtuosos, moderados e instruidos; -educad a las mujeres i vuestra felicidad será completa porque tan solamente de las madres, de las esposas i de las buenas hijas depende el bienestar de las naciones." (J.A.S., 1864: 239)

Importante para comprender la visión conservadora respecto a la lectura de novelas en general -aunque ya menos cruda que las simples condenas religiosas:

en tanto se basa ahora en una recuperación funcional de la "literacy" clásica" - es la opinión en 1873 del influyente crítico Enrique Nercasseau Morán:

"Según es común decir, el entusiasmo por los estudios literarios crece en Chile, de algún tiempo a esta parte con asombrosa rapidez. (...) Ese entusiasmo, a nuestro juicio, es perjudicial a la verdadera literatura. (...) Hemos dicho que el entusiasmo que en Chile se hace sentir es perjudicial, pero no el verdadero entusiasmo por la verdadera literatura. No damos este nombre a la afición más o menos nociva a la lectura de novelas o de obras dramáticas; tampoco a esa manía, fácil de arraigarse en los jóvenes, de escribir para publicar: lo uno para nosotros no pasa de ser un medio de diversión como cualquiera, i que, muchas veces, por desgracia, causa efectos muy funestos; lo segundo no es sino una vanidad, i una detestable vanidad cuando es llevada al exceso." (Nercasseau, 1873: 297)

Nercasseau explicita aquí muy bien las dos ansiedades fundamentales de la sensibilidad patricia frente al desarrollo cultural chileno: la ampliación incontrolada de los discursos socialmente circulantes así como del género de sujetos que ellos alcanzaban; y la constitución de un mercado económico cada vez más extenso como espacio para dicha circulación.

La educación sin (el mismo grado de la antigua) discriminación de género y la expansión de la lectura de novelas significaban pues, para la óptica tradicional, desarrollos indeseados y consecuencias inevitables de la progresiva ampliación de la cobertura estatal en materias de instrucción. La educación y la lectura estaban literalmente irrumpiendo en los hogares chilenos, antes esfera exclusiva de la sociedad civil católica chilena. En 1873, Vicente Aguirre reclamaba en "Literatura pernicioso":

"Muchas veces se ha dicho que un padre, una madre de familia no consentirían jamás que un bandido, un criminal terrible fuera el preceptor de sus hijos. Eso cualquiera lo comprenderá. Pero lo que muchos padres i madres de familia consienten, es que varios bandidos i criminales con nombres i figuras de novela, sean los que den frecuentes lecciones a su familia. Esto no todos lo comprenden." (Aguirre, 1873: 438)

Los lectores habían sin duda comenzado a crecer en número. Aunque el aumento más significativo en la tasa de alfabetización chilena se producía hacia el fin de siglo es indudable que la tendencia a su aumento era sostenida y fruto de varias décadas de crecimiento. Las estadísticas muestran un avance importante en dicha tasa. En 1854 sólo el 13,5% de la población nacional era o podía considerarse letrada. En 1865 ese porcentaje ha subido al 17%, en 1875 al 22,9% y, en 1885 al 28,9%. Más importante para mi argumento aquí es la correlación entre este grado de

⁸ He decidido conservar, a lo largo de este trabajo, la palabra inglesa "literacy" para aludir así simultáneamente no sólo a la "alfabetización" que normalmente la traduce en español, sino también a los aspectos de competencia cultural socialmente establecida y variable que integran asimismo el campo semiántico de la expresión inglesa.

crecimiento general y su desglose por sexos. Si en 1854 el 17,3 de los hombres son letrados por oposición al 9,7% de las mujeres; en 1865 la distancia entre hombres y mujeres se ha acortado al 20,2 y 13,8% respectivamente. Desde 1875 a 1895 la brecha continúa angostándose, hasta que en ese último año llega a una diferencia mucho menos notoria: 34,3% de hombres letrados versus 29,2% de mujeres letradas. (Mamalakís, 1980: 142). De este modo, se marca una tendencia evidente ya para los contemporáneos de Blest Gana respecto al aumento de la *literacy* femenina y a su incorporación efectiva al ámbito antes casi exclusivamente masculino de la lectura.

Los folletines publicados en periódicos (y, a veces, luego en libros) son un signo y a la vez un motor importante de este desarrollo. Raúl Silva Castro en su autorizado *Panorama de la novela chilena* se ve obligado a reconocer que aunque considere a los folletines nacionales simples "imitaciones" y productos de "esta infección de mal gusto" que sobre todo los folletinistas franceses nos habían contagiado, "Nadie puede dudar de que estas obras tuvieron abundantes lectores en Chile" (Silva Castro, 1955: 43) Gina Cánepa da en su estudio sobre el folletín histórico en Chile, algunos datos de circulación y edición que hablan de la importancia del género en autores como Liborio E. Brieba (1841-1897) y Ramón Pacheco (1845-1888) (Cánepa, 1988: 29-31). Ya en 1849 Sarmiento habla, aunque con evidente exageración, de "millones" de ejemplares de folletines publicados y vendidos en Chile. En 1884, por su parte, Carlos Lathrop podía afirmar:

*"Todos los grandes diarios, o mejor dicho todos los diarios grandes de Chile acostumbra
publicar folletines; los suscritores están habituados a su lectura, i para gran parte de
ellos, especialmente para las damas, es a veces el folletín el único atractivo de esas
grandes sábanas impresas."* (Lathrop, 1984: 1)

Desde la posición intermedia, entre la élite de la esfera del gobierno y la esfera privada de la élite profesional, que como diplomático, intelectual y productor (potencial) en el mercado ocupaba Blest Gana, el problema de la novela nacional sería entonces, para él, corregir las desviaciones de la lectura aprovechando lo que fuere aprovechable de sus orientaciones y formas de funcionamiento. Es decir, para Blest Gana, no se trataba simplemente de disciplinar a una población, o a un sector de ella, que lentamente aparecía bajo la forma específica de consumidor incipiente y ya no meramente de objeto de las políticas gubernamentales, sino de aprovechar el estado y las inclinaciones de esa masa de connacionales para conseguir un efecto que beneficiara tanto al productor como al consumidor y así, a la nación.

Aunque situada en un plano diferente, la deseada intervención de Blest Gana no está, sin embargo, libre de múltiples puntos de contacto con la gubernamentalidad estatal. Entre otras cosas, porque todavía las esferas de legitimación del incipiente campo cultural se concentran en buena parte alrededor de las instituciones del estado, en particular de la Universidad de Chile. No se trata, pues, de una posición ajena a los intereses de las otras apuestas estratégicas, las del Estado y la Iglesia, que configuran el campo de fuerzas en que la discusión sobre el discurso literario se lleva a cabo.

En 1884 describiendo el proceso de los años previos, el Vicario Capitular ante la Primera Asamblea General Católica, Joaquín Larraín Ganclarillas, señalaba:

"la mala semilla ha germinado, por desgracia en el suelo de la patria. Maleada se encuentra la educación de la juventud... Relajánse de día en día los lazos de familia, con menoscabo de la sagrada autoridad paternal. La literatura malsana entra libremente en numerosos hogares, causando deplorables estragos en los corazones puros. El periodismo irreligioso hace tranquilamente su propaganda destructora, aún con el apoyo de no poco católicos. El lujo, la sed de placeres i de riquezas acarrearán lamentables desórdenes en las clases acomodadas. La pasión política tiraniza las almas; (...) Decaeen visiblemente la entereza de los caracteres i el nivel moral e intelectual de este noble país." (Krebs, 1981: 17)

La pelea era claramente sobre los corazones de los lectores nacionales. Así lo confirma, también en el ámbito religioso, José Hipólito Salas en 1843: "las leyes no contienen sino el brazo; la religión arregla el corazón; las leyes no se refieren sino al ciudadano, la religión se apodera del hombre." (Serrano, 1994: 90)

La literatura, para Blest Gana, sería una suerte de religión laica más apropiada para los tiempos modernos y conciliatorios del liberalismo burgués y a la vez aristocrático que en 1861 comenzaría a gobernar oficialmente en Chile. Si había que conquistar el corazón del ciudadano, era preciso entender primero que los había de dos géneros y que la práctica y los hábitos concretos de lectura de estos sectores de mujeres y hombres chilenos, requerían a su vez, un cambio de género, ahora literario. Para ganar la batalla sobre los corazones nacionales había que crear un nuevo género transaccional: la novela de costumbres nacionales. Sólo así sería posible apoderarse ya no sólo del hombre sino también de la mujer. Blest Gana es muy explícito respecto a las bondades de este tipo de novelas:

"Más al lado de ésta [se refiere a "la gente de esmerada educación"] vi: y se agita, así en el nuestro como en todo país civilizado, una parte de población infinitamente mayor que esa otra, que necesita de la lectura para descansar del trabajo, que muchas veces recibe en sus gustos y pasiones muy directa influencia de esa lectura y que ha menester para nutrir su espíritu de un alimento más sencillo del que aquellos preciosos modelos del arte le presentan. (...) Para llenar las condiciones que enunciarnos, sin disputa la novela de costumbres es la más apropiada." (Blest Gana, 1861: 122)⁹

La novela nacional se cuidará muy bien de no exigir nada más que lo que todo chileno de la sociedad respetable ya poseía por el mero hecho de pertenecer a ella. La poesía, en cambio, requería de una preparación especial que la ponía fuera del alcance de muchos de esos mismos ciudadanos y ciudadanas:

"La novela, con efecto, cuenta entre la generalidad de los lectores, con un número mucho mayor de aficionados que la poesía, porque la primera está al alcance de todos, mientras que para gustar de la segunda, se ha menester de un espíritu más

⁹ Luego, Blest Gana añade: "Estudiando pues nuestras costumbres tales como son, comparándolas en las diversas esferas sociales. (...) la novela no puede dejar de ser esencialmente nacional según el mayor o menor esfuerzo de los que a ella consagran sus esfuerzos." (Blest Gana, 1861: 124).

comaturalizado con los preceptos del arte. (...) Mientras que la poesía conserva siempre para el vulgo la apariencia de los antiguos ídolos cuyo lenguaje era comprensible únicamente a los sacerdotes del culto pagano, la novela, por el contrario, tiene un especial encanto para toda clase de inteligencias, habla el lenguaje de todos, pinta cuadros que cada cual puede a su manera comprender y aplicar y lleva la civilización hasta las clases menos cultas de la sociedad, por el atractivo de escenas de la vida ordinaria contadas con un lenguaje fácil y sencillo" (Blest Gana, 1861: 119)

Blest Gana responde aquí a un cambio parcial y todavía en proceso de la "literacy" chilena que había de culminar en el primer intento de proto-nacionalización del currículum literario hacia el fin de siglo. La novela nacional quería ser la forma textual que recogiera las demandas de las nuevas formas de sensibilidad y de legitimación cultural que el aburguesamiento de la (alta y media) sociedad chilena en la segunda mitad del siglo XIX estaba imponiendo. Describiendo a este nuevo público, Blest Gana apuntaba:

"El estudioso y el que no lo es, el viejo y el joven, la madre de familia y la niña que se balla por su edad bajo el dulce y absoluto imperio de las ilusiones, todas las clases sociales, todos los gustos, cada uno de los peculiares estados en que las vicisitudes de la vida colocan al hombre, encontrarán en la novela un grato solaz, un descanso a las diarias tareas, un alimento a la expansión del pecho, algo, en fin, que contente el espíritu, balague el corazón o alivie el ánimo de sus afanosas preocupaciones." (Blest Gana, 1861: 119)

En la composición de este público merece destacarse la inclusión de "la madre de familia y la niña" y la de "todas las clases sociales"; puesto que la del "estudioso", y la del "viejo y el joven" habían formado siempre parte del radio de alcance de la "literacy" tradicional. La incorporación de las mujeres y de todos los sectores sociales -aún, cuando haya que descontar el factor retórico, o, tal vez, precisamente porque dicho factor se halla presente en el discurso- nos habla de un afán omnicompreensivo y homogenizador que caracteriza muy acabadamente el espacio discursivo de lo nacional en su forma burguesa.

Aquella forma de trabajo lector que permitía su combinación con el placer lector es lo que podríamos llamar la lectura semi-intensiva de la novela nacional. Este híbrido de novela histórica y de novela de costumbres que quiere rescatar y contar la historia de la nación, es, pues, por su propia aspiración y configuración histórica, una jugada transaccional. En dicha transacción se legitiman varias cosas. De una parte, la historia y la vida nacional cotidianas como elementos dignos de entrar al campo de la letra y de ocupar el tiempo y las mentes de ciudadanos respetables. Un paso, entonces, hacia la ficción desde lo que antes sólo se escribía y leía en el periódico, y, en particular, en su sección de Crónica. Dé otra, la lectura de un género cuyas características socialmente construidas parecían haberlo reservado hasta ahí para cierto género sexual y social de personas. En tercer lugar, la lectura misma como actividad, y, con ella, el placer y la exploración de la sentimentalidad. Por esta vía, resultaba también parcialmente redimido el ocio público que tantos esfuerzos de control había parecido demandar.

La lectura semi-intensiva de la novela nacional, vale la pena repetirlo, significó o quiso representar un cambio epocal importante. De la lectura, sino intensiva, al menos repetida y ceremonial de los devocionarios y variados libros de catecismo, los lectores chilenos habían pasado paulatinamente a la lectura extensiva de todo tipo de escritos para cuya inteligencia ya no era necesaria la intermediación del sacerdote-intérprete. Reconociendo el desafío que estas prácticas lectoras representaban para su posición como dadores del sentido de la realidad social, los intérpretes profesionales, es decir, los sacerdotes y la Iglesia como institución, se dedicaron a lamentarlas, condenarlas y perseguirlas. El reto era particularmente atrevido y peligroso por cuanto implicaba a sectores que hasta ese entonces habían permanecido, más que ningún otro, al amparo y vigilancia de la cosmovisión católica. Me refiero a las mujeres y a los sectores populares ascendentes. La seducción novelesca de las mujeres chilenas, su acceso a formas discursivas no controladas por el sacerdote, era especialmente preocupante para la Iglesia nacional pues, como declaraba el muy católico periódico *La Estrella de Chile* en 1862:

"La religión cuenta con dos apoyos principales y absolutamente necesarios, y son el sacerdote y la mujer. Sin sacerdote no hay religión (...) Viene en seguida la mujer, que como madre, hermana o esposa, es el foco de la fe y la piedad en las familias..."
(Anónimo, 1862: 1) :

La novela parecía brindar la oportunidad de comprender el mundo desde el espacio recientemente descubierto de una subjetividad laicizada y personal fundada en la experiencia del cuerpo propio y en el contacto con otras subjetividades igualmente constituidas.¹⁰ Su efecto liberador o desestabilizador sobre las conciencias femeninas: as que se suponían singularmente seducibles, podía ser radical. El Estado, por otro lado, impulsado por su propia agenda de intereses, vio aquí una oportunidad de moralización laica y nacional que valía la pena promover con concursos y premios.

En este empeño, la novela nacional no hacía pues más que intentar redirigir o reencauzar el curso de los desarrollos sociales propios de la naciente modernidad urbana chilena. El tiempo libre, los paseos en carruaje, el alumbrado público, la ópera, los bailes de la alta sociedad, etc, imponían todos tendencialmente un régimen de la visibilidad, un dominio de lo visual, del ver y ser vistos que ya parecían indimentables aún para los sectores que más lamentaban su advenimiento. (Villalobos, 1993:497-512; de Ramón, 1992:182 y ss.) Dicha visibilidad, por su parte, significaba el análisis y el comentario de la sociabilidad imperante como una forma de espectáculo para narrar y saborear, un tejido social para gozar y sufrir. El

¹⁰ Sarmiento percibió muy bien este rol de las novelas en la formación de una subjetividad moderna: "El alma y los sentimientos necesitan pulimentos, y no es apto el hombre para pensar y sentir sin un largo ejercicio de las facultades. El estudio en los colegios hace lo primero, no importa la materia estudiada: el teatro, la poesía y la novela hacen lo segundo." Y concluye: "El principal argumento contra las novelas es que exaltan las pasiones. La verdad es que educan la facultad de sentir por lo general embotada." (Sarmiento, 1887-1906a: 45-46: 161-162).

paradigma, escandaloso para la mentalidad conservadora, eran las formas de exhibición del cuerpo que parecían presidir los devaneos de las jóvenes enamoradas o en busca del amor.

Conclusión

La entrada "oficial" de Blest Gana en el firmamento de la literatura nacional chilena, se produce en un concurso auspiciado por la Universidad de Chile en 1860, con una obra muy oportunamente titulada *La Aritmética en el amor*.¹¹ Con este esfuerzo calculado por intervenir en el curso literario nacional, Blest Gana se impone a un autor anónimo y a una mujer, Rosario Orrego de Uribe, quien firmó su texto, "una madre." (Poblete, 2003) La movida resulta perfecta y rinde a su autor no sólo los frutos del premio del concurso (doscientos pesos), sino también algunos beneficios adicionales. El dos de noviembre de 1860 se falló la competencia que consagró ganador a Blest Gana. El seis de diciembre del mismo año la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile acordó nombrarlo para ocupar el cargo de miembro de número. Pocos días después, Blest Gana lee su discurso de ingreso, que es su texto teórico principal sobre la novela nacional. Parte de la clave de su texto literario y social radica en que había sabido escuchar y transformar las necesidades y requerimientos de varios de los actores involucrados en la emergencia de la literatura nacional: la Iglesia, el Estado y por lo menos algunos de los lectores. Esta es la transacción que inaugura el discurso de Blest Gana.

El escritor le propuso a su público nacional que en vez de aceptar el consumismo barato y fácil que la industria masiva editorial y literaria francesa le ofrecía, se decidiese a leer un nuevo tipo de texto nacional que dotado de una densidad no prohibitiva ni discriminadora, por estar basada en formas comunes de vida y en realidades por todos apreciadas, le permitiría y le demandaría una lectura más cuidadosa pero, a la vez, más provechosa y finalmente más entretenida. Le proponía, en suma, un retorno transformado a la lectura semi-intensiva, ahora nacionalizada:

"A menos de ser un libro cuya comprensión demande conocimientos previos y especiales, las producciones de amena literatura encuentran en nuestros círculos ilustrados una acogida benévola y cordial" (Blest Gana, 1859: 51)

La novela nacional realizaba así en la práctica el ideal de la nueva lectura antiliteraria de literatura que Rousseau le había ofrecido a sus lectores. En ella la vida diaria y el corazón del ciudadano/a se abrían directamente y (supuestamente) sin

¹¹ Bernardo Subercaseaux señala: "Entre 1850 y 1860, a juzgar por los discursos de incorporación a la Universidad de Chile, la literatura pasa a tener la misma importancia que había tenido la historia en la década anterior. Al esfuerzo de aquel decento [1840-1850] por promover una historia de Chile corresponde el de este [1850-1860] por orientar y darle solidez a una tradición literaria." (Subercaseaux, 1981: 175).

mediación de discursos letrados tradicionales, al impacto de una palabra que quería ser tan seductora como verdadera: y edificante. Un enfoque nacional moderno del problema de los géneros (sexuales y literarios) sabría muy bien disolver esta contraposición clásica entre el estudio y el ocio, entre el estudio y la mujer, entre la lectura intensiva y la extensiva, entre la visibilidad social del corazón que se exhibe y la reclusión del espíritu que aprende, es decir, entre la lectura como placer intransitivo y la lectura como tarea productiva. La genialidad de Blest Gana en el contexto chileno reside en haber enfrentado un problema de género político (la construcción y homogenización de la nación) con una respuesta de género literario (el folletín y la novela de costumbres nacionales) que se hacía cargo del ingreso oficial a la historia chilena de un nuevo género de lectores (las mujeres y los sectores medios).



Bibliografía

- Alone (seudónimo de Hernán Díaz Arrieta) (1940). *Don Alberto Blest Gana. Biografía y crítica*. Santiago, Editorial Nascimento.
- Afamirano, Ignacio Manuel. "La Literatura Nacional" en Norma Klajn y Wilfrido Corral (editores, 1991). *Los Novelistas como críticos*, México, FCE, 59-76.
- Anónimo. (1862). "Sesión Municipal", sin firma, *La Estrella de Chile*, 26/12/1862.
- Barros Lezaeta, Luis y Ximena Vergara Johnson. (1978) *El Modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Santiago, Ediciones Aconcagua.

-
- Bennett, Tony. (1990). *Outside Literature*, London, Routledge.
- . "Texts in History: the determinations of readings and their texts" en Derek Attridge et al (editores), *Post-structuralism and the Question of History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, 63-81.
- Blest Gana, Alberto. (1861). "Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella." Reproducido en José Promis, *Testimonios y documentos de la literatura chilena*, Santiago, Editorial Nascimento, 1977, 108-128.
- . "De los Trabajos literarios en Chile" (1859), en *La Semana*, 6/11/1859.
- . *La Fascinación. Una Escena social. La Aritmética en el amor*, Santiago, Zig-Zag, sin año.
- Cáñepa, Gina. (1988) "Folletines históricos del Chile independiente y su articulación con la novela naturalista", *Hispanérica*, 50.
- Caro, Miguel Antonio. (1962). "Ligera excursión ideológica (1962). *Obras*, Tomo I, Bogotá, 583-599.
- Chartier, Roger. (1987). *The Cultural Use of Print in Early Modern France*, Princeton, Princeton University Press.
- . (1990). *The Kiss of Lamourette*, New York, Norton.
- . (1995) "Labourers and Voyagers: From the Text to the Reader" en Andrew Bennett (editor), *Readers and Reading*, New York, Longman, 132-149.
- . (1994). *The Order of Books*, Stanford, Stanford University Press.
- . ed. (1993). *Pratiques de la Lecture*, Paris, Petite Bibliothèque Payot.
- Darnton, Robert. (1985). "Readers respond to Rousseau: the fabrication of romantic sensitivity" en *The Great Cat Massacre and other episodes in French cultural history*, New York, Vintage Books, 215-256.
- Davidson, Cathy N., ed. (1989). *Reading in America*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press.
- de Certeau, Michel. (1984). *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press.
- de Ramón, Armando. (1992). *Santiago de Chile (1541-1992) Historia de una sociedad urbana*, Madrid, Editorial MAPFRE.
- Eco, Umberto. (1981). *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, Lumen.

-
- Engelsing, Rolf. (1974). *Der Bürger als Leser. Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800*, Stuttgart.
- Fish, Stanley. (1980). *Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretative Communities*, Cambridge, Harvard University Press.
- Fornet, Ambrosio. (1994). *El Libro en Cuba. Siglos XVIII y XIX*, La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Grez Toso, Sergio, ed. (1995). *La Cuestión social en Chile. Ideas y debates precursores*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Hamnett, Brian R. (1987). "La Regeneración. 1875-1900" en Manuel Lucena Samoral (coordinador), *Historia de Iberoamérica. Tomo III. Historia Contemporánea*, Madrid, Cátedra, 1987.
- Henríquez Ureña, Pedro. (1961). *Historia de la Cultura en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Holub, Robert C. (1984). *Reception Theory. A Critical introduction*, London and New York, Routledge.
- Huneuey Gana, Jorge. (1910). *Cuadro Histórico de la producción intelectual de Chile*, Santiago, Biblioteca de Escritores de Chile.
- Iser, Wolfgang. (1974). *The Implied Reader*, Baltimore and London, John Hopkins University Press.
- J.A.S. (1864). "Observaciones sobre la educación del bello sexo", *El Correo literario*, 27 de noviembre de 1864. El autor firma "J.A.S."
- Jauss, Hans Robert. (1982). *Towards an Aesthetic of Reception*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Krebs, Ricardo et al. (1981). *Catolicismo y laicismo. Seis estudios*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad.
- Labarca, Amanda. (1939). *Historia de la enseñanza en Chile*, Santiago.
- Lithrop, Carlos (1884). "La verdadera protección literaria", *El Americano*, 26/9/1884.
- Manalakis, Markos J. (1988). *Historical Statistics of Chile*, Westport, Greenwood Press, vol. 1. *Demography and Labor Force*.
- Masiello, Francine (1992). *Between Civilization and Barbarism. Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*, Lincoln, University of Nebraska Press.
- Ovalle, Alfredo. (1876). "Los Libros i los lectores", *La Estrella de Chile*, 18/11/1876.

-
- Pike, Frederick B. ed. (1964). *The Conflict between Church and State in Latin America*. New York, Knopf.
- Poblete, Juan. (2003). *Literatura chilena del siglo XIX: Entre públicos lectores y figuras autoriales*.
- Promis, José. (1977). *Testimonios y documentos de la literatura chilena*, Santiago, Editorial Nascimento.
- Radway, Janice. (1987). *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Culture*, London, Verso.
- Romero, José L. (1976). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI.
- Ruedas de la Serna, Jorge.(editor). (1996). *La Misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, Universidad nacional Autónoma de México.
- Sarmiento, Domingo Faustino. (1887-1900). "Bibliotecas populares" en *Obras Completas*, tomo 30, Buenos Aires, Moreno.
- . "Las Novelas", en *Obras Completas*, tomo 45-46, Buenos Aires: Moreno.
- Seminario de historia de la educación en México del Colegio de México. (1988). *Historia de la lectura en México*, México, Colegio de México y Ed. Ermitaño.
- Serrano, Sol. (1994). *Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Silva Castro, Raúl. (1955) *Panorama de la novela chilena (1843-1954)*, México, FCE.
- . (1960). *Evolución de las letras chilenas. 1810-1960*, Santiago, Editorial Andrés Bello.
- Sommer, Doris. (1991). *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*, Berkeley, University of California Press.
- Subercaseaux, Bernardo. (1981). *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX. Lastarria, ideología y literatura*, Santiago, Editorial Aconcagua.
- . (1988). *Fin de siglo. La Epoca de Balmaceda. Modernización y cultura en Chile*, Santiago, Editorial Aconcagua.
- . (1993). *Historia del libro en Chile*, Santiago, Editorial Andrés Bello.
- Tompkins, Jane P., ed. (1980). *Reader-Response Criticism. From Formalism to Post-Structuralism*, Baltimore and London, The John Hopkins University Press.
- Villalobos, Sergio et al. (1993). *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria.
- Zanetti, Susana. (2002). *La Dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.